

LECCION XIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,  
POR MEDIO DE LA FE.

Tercer artículo del Símbolo. — Misterio de la Encarnacion. — Divinidad y humanidad de nuestro Señor : ventaja social de este artículo. — Artículo cuarto del Símbolo. — Misterio de la muerte y pasión. — Actas de Pilatos. — Testimonio de san Justino, de Tertuliano y de Eusebio de Cesarea : ventaja social de este artículo. — Artículo quinto del Símbolo. — Resurreccion : ventaja social de este artículo. — Rasgo histórico.

El artículo tercero del Símbolo está contenido en estas palabras: *Que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María, y nos enseña tres grandes verdades.*

La primera, que el Verbo, la segunda persona de la santísima Trinidad, el Hijo único de Dios desde toda la eternidad, fué hecho en el tiempo Hijo de María; de modo que la misma Persona divina, sin dejar de ser Dios, como lo era de toda eternidad, se hizo hombre, lo cual no era antes. Así es como el apóstol san Juan ha explicado este misterio profundo, cuyo conocimiento habia sacado del mismo corazón del Salvador. Después de haber declarado la naturaleza del Verbo con estas palabras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, termina con las siguientes: *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros*<sup>1</sup>. De aquí el nombre tan perfectamente justo de *Encarnacion* dado á este misterio por los Doctores de la Iglesia, especialmente por los Padres del primer concilio de Nicea en su Símbolo: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Añadamos que convenia al Hijo encarnarse, para que todas las cosas fuesen restauradas en el cielo y en la tierra por Aquel por quien habian sido hechas en el principio.

*Que fué concebido por obra del Espíritu Santo*. Estas palabras expresan el modo nuevo y milagroso como se verificó la Encarnacion. El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la santísima Trini-

<sup>1</sup> Joan. 1, 14.

dad, y un mismo Dios con el Padre y el Hijo, formó con su poder infinito de la purísima sangre de la Virgen el cuerpo admirablemente perfecto de un niño en el seno de María. Al mismo tiempo crió un alma nobilísima, que unió al cuerpo de este niño, y el Verbo divino unió uno y otra á su divinidad, de manera que en un instante Jesucristo fué Dios perfecto y hombre perfecto, y la santísima Virgen verdadera y propiamente la madre de un Dios-Hombre, pues que en el mismo instante concibió un Hombre-Dios, cuyo cuerpo estaba formado de su propia sustancia. En cuanto al Espíritu Santo, no pudo ser llamado el Padre de nuestro Señor, porque para ser padre no basta hacer una cosa, sino que es preciso hacerla de su propia sustancia. Así pues, no decimos que el albañil es padre de la casa que construye, porque la ha hecho con la piedra, la madera, etc., y no de su propia carne. Pues bien, es cierto que el Espíritu Santo hizo el cuerpo del Hijo de Dios; pero lo hizo de la carne y sangre de María, y no de su propia sustancia. Hé aquí por qué nuestro Señor no es hijo del Espíritu Santo, sino que, como Dios, Hijo de Dios el Padre, de quien procede su divinidad, y como hombre, Hijo de María, de quien procede su carne humana.

Al decir que el Hijo de Dios fué concebido por obra del Espíritu Santo, no por eso decimos que esta persona de la santísima Trinidad haya contribuido sola á la encarnacion, porque aunque solo el Hijo tomara la naturaleza humana, sin embargo las tres Personas divinas tuvieron parte en este misterio. Es, en efecto, una regla en la fe cristiana que todo es comun á las tres Personas, en las cosas que Dios ha hecho fuera de sí, sin que la una haga mas que la otra, ó que la una obre sin la otra. El misterio de la Encarnacion es, pues, de esta clase. No obstante, se acostumbra en la Escritura atribuir á una persona en particular cosas que son igualmente comunes á las tres Personas; al Padre, por ejemplo, el soberano dominio de todas las cosas; al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo el amor. Si la Escritura atribuye, pues, especialmente al Espíritu Santo la obra de la Encarnacion, es en primer lugar porque este misterio supremo es la manifestacion<sup>1</sup> del amor singular é infinito de Dios hácia los hombres, y en segundo lugar porque así está desterrada toda mancilla ó corrupcion de este misterio, en el cual todo es

<sup>1</sup> Catecismo del Concilio de Trento, t. I, pág. 89, n. 90.

santo, el Espíritu Santo que lo hace, María que queda intacta, y el Niño que está exento de toda mancha <sup>1</sup>.

Mas si las tres Personas divinas contribuyeron á la Encarnacion, ¿cómo es que solo se encarnó el Hijo? La siguiente comparacion empleada por los teólogos da una idea de este misterio: Cuando un príncipe se reviste de la púrpura real y otros dos le ayudan á vestirse, tres personas contribuyen al acto de vestirse, y no obstante una sola queda vestida. Del mismo modo en este caso las tres Personas divinas contribuyeron á la Encarnacion, y solo el Hijo se revistió de carne humana <sup>2</sup>.

La segunda verdad que se nos enseña en el artículo tercero del Símbolo es que el Verbo eterno al tomar la naturaleza humana, la unió á la naturaleza divina en una misma y única persona; de lo cual resulta: 1.º Que en esta union admirable cada una de las dos naturalezas conservó sus operaciones y propiedades, *sin que la gloria de la divinidad destruyese la humanidad, dice san Leon, ni que la elevacion de la humanidad rebajase la divinidad.* 2.º Que nuestro Señor Jesucristo es Dios perfecto, pues existe en él toda la divinidad, y al mismo tiempo hombre perfecto, porque tiene un cuerpo y un alma como nosotros, y nos es semejante en todo, á excepcion de estar sin pecado. 3.º Que pues existen en Jesucristo dos naturalezas, existen tambien dos voluntades, la voluntad divina y la humana; pero entre estas dos voluntades no hay jamás oposicion. Siendo perfecta en el nuevo Adán la voluntad humana, quiere siempre, aunque muy libremente, lo que quiere la divina; sin embargo, como hemos dicho ya, solo hay en Jesucristo una sola persona, que es la divina. La naturaleza divina y la humana son en Jesucristo una sola persona, casi lo mismo que el alma y el cuerpo son en nosotros un solo hombre.

*Y nació de la Virgen Maria.* La tercera verdad es la maternidad divina y la virginidad perpetua de María.

1.º La maternidad divina. Concebir y parir constituyen la maternidad; María concibió, pues, en su casto seno á nuestro Señor, Hijo único de Dios, verdadero Dios y hombre, reuniendo en la persona del Verbo la naturaleza divina y la humana; formó, como todas las madres, su cuerpo de su sustancia y de su sangre virginal,

<sup>1</sup> Nat. Alex. *De Symb.* 154.

<sup>2</sup> Belar. *Dottr. crist.* 29; Nat. Alex. *De Symb.* 162.

lo llevó durante nueve meses, y además lo dió á luz: luego María es verdaderamente y con toda la propiedad de la expresion Madre de Dios. Y lo es, no por haber dado á luz á la divinidad, lo cual es demasiado absurdo para que se haya presentado nunca á la mente de ningun cristiano, ni tampoco porque sea madre solamente de la carne del Hombre-Dios, pues no se dice que las demás madres solo son madres del cuerpo de sus hijos, aunque no engendran su alma, porque conciben y dan á luz un hombre compuesto de un cuerpo y un alma <sup>1</sup>; sino que la santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios, porque concibió y dió á luz un Hombre-Dios, es decir, un hombre verdadero, formado de su sustancia y unido personalmente á la divinidad. Tal es la doctrina formal de la Escritura. *Concebirás en tu seno, dice el Arcángel á María, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios* <sup>2</sup>. Enterada por el Espíritu Santo del misterio de la Encarnacion, santa Isabel exclama al ver á María: *¿Y de dónde esto á mi que la Madre de mi Señor venga á mi* <sup>3</sup>? Reasumiendo todos estos testimonios y otros mas, san Pablo dice con su lenguaje enérgico: *El Hijo de Dios fué hecho de la sustancia de la mujer* <sup>4</sup>. Tal ha sido siempre y tal es aun la fe del mundo católico solemnemente definida en el Concilio de Efeso, celebrado en 431, contra el impio Nestorio: Si alguno osare negar que nuestro Señor es verdadero Dios y hombre, y por consiguiente que la Virgen santísima es Madre de Dios, anatema sea <sup>5</sup>! No hubo jamás anatema mas merecido; negar la maternidad divina de María, es negar la unidad de persona en nuestro Señor Jesucristo, y es minar el Cristianismo por su base, porque es destruir la redencion humana.

<sup>1</sup> Nec solius carnis mater est, sed hominis Dei, sicut alias matres solius corporis genitricis nemo recte dixerit, quamvis animam non pariant, concipiunt enim et pariunt hominem anima corporeque constantem. (S. Cyril. *Epist. ad monach.*).

<sup>2</sup> Luc. 1, 32, 35.

<sup>3</sup> Luc. 1, 43.

<sup>4</sup> Galat. iv, 4.

<sup>5</sup> Si quis non confitetur Emmanuelem verum Deum esse, et ob id sanctam Virginem Deiparam, genuit enim illa incarnatum Dei Verbum secundum carnem, anathema sit.—Véase Canisius, *De Maria Deip.* lib. III, c. 19; Nat. Alex. *De Symb.* p. 162, y todos los teólogos.

En cuanto á las razones por las cuales el Hijo de Dios quiso nacer de una mujer, los Padres y los teólogos designan dos principales; la primera, con objeto de rehabilitar uno y otro sexo, y demostrar que habia venido por la salud de los dos; y la segunda, porque convenia que la mujer, que habia sido la autora del mal, lo fuera del bien <sup>1</sup>.

2.º La virginidad perpetua de María. Es de fe católica y apostólica que la augusta Madre de Dios es la vírgen por excelencia, que fué siempre vírgen antes del parto, en el parto y despues de su divino parto. La Escritura y los Padres están unánimes acerea de este punto <sup>2</sup>.

Es un misterio indudablemente superior á la razon y á las leyes de la naturaleza el que una vírgen conciba sin perder su virginidad; pero ¿no puede Dios hacer nada que sea superior á nuestra débil razon y superior á las leyes de la naturaleza que él mismo ha establecido? ¿No decimos en el principio del Símbolo: *Creo en Dios todopoderoso*? Sin embargo la creacion del mundo nos ofrece un ejemplo que facilita la creencia en este misterio. No ignorais que, segun las leyes ordinarias de la naturaleza, la tierra no produce el trigo si antes no está labrada, sembrada, regada por la lluvia y calentada por el sol; y no obstante, en el origen de las cosas, cuando el trigo fué producido por primera vez, la tierra no estaba labrada, sembrada, regada ni calentada, sino que era vírgen á su modo. Pues bien, al solo mandato de Dios omnipotente y por virtud de este Dios creador produjo súbitamente el trigo y las demás plantas, y de igual suerte produjo el precioso trigo del cuerpo animado del Hijo de Dios en el seno virginal de María, sin ninguna cooperacion de las leyes ordinarias, y al solo mandato de Dios por obra del Espíritu Santo <sup>3</sup>.

El que una vírgen dé á luz un hijo sin perder su virginidad, es tambien otro misterio parecido al primero, pero que no es menos posible á la omnipotencia de Dios. La misma naturaleza nos ofrece tambien ejemplos que obligan á nuestra razon á inclinarnos ante la doctrina de la fe. ¿No vemos todos los dias los rayos del sol penetrar y atravesar la sustancia sólida del vidrio sin romperlo ni dañarlo? Así pues, pero de una manera infinitamente más incompre-

<sup>1</sup> S. Aug. *De Divers.*, quest. 2; *D. Thom.* p. 3, 9, 31, art. 4.

<sup>2</sup> Nat. Alex. *De Symb.*

<sup>3</sup> Belar. *Dottr. crist.* 26.

sible, nuestro Señor nació de su divina Madre sin perjudicar en modo alguno su virginidad. ¿Por qué hemos de negar el poder de obrar este milagro al que mas adelante salió de su sepulcro sin romper su cerradura sellada, y entró por las puertas cerradas en el lugar donde estaban sus discípulos? Contrarestar á Dios la omnipotencia y negar lo que no comprendemos, es para la razon el último término del baldon, porque es la señal mas característica de la extrema flaqueza <sup>1</sup>.

Luego proclamamos con la mayor verdad y creemos con la mas completa certeza en María una virginidad perpetua y una perfecta integridad en la concepcion y en el parto de su divino Hijo. Tal es la fe constante del universo, expresada antes del acontecimiento entre los judios por el profeta Isaías al anunciar que el divino Emmanuel, el Dios-Hombre, naceria de una Madre siempre vírgen, y entre los mismos gentiles por el respeto profundo y universal hácia la virginidad, y por esta tradicion grabada en una piedra druidica recientemente descubierta: *Los druidas á la Vírgen que debe parir, Virgini paritura druides*; y despues del acontecimiento, proclamada por todos los Doctores y Concilios, que no han dejado de hacer notar además la *necesidad* de esta virginidad perpetua en la Madre del Hijo de Dios <sup>2</sup>.

En cuanto al nombre de María, que significa á la vez *señora, reina y esperanza*, como las cualidades de la augusta Vírgen, debe excitar en nosotros todos los sentimientos del mas profundo respeto, unidos á una confianza filial, pues para nosotros ella es María, nuestra madre y modelo. En efecto, así como nuestro Señor es el segundo Adán, María es la segunda Eva. Dios dijo á Eva: *Parirás con dolor* <sup>3</sup>, y María, exenta de esta ley, pare el Verbo encarnado sin dolor y sin trabajo. Habiéndose unido el segundo Adán á la naturaleza humana, y habiendo nacido de un modo enteramente sobrenatural, es preciso tambien que para unirnos á él y participar de su redencion nazcamos, no de la sangre y de la carne, sino de

<sup>1</sup> Hablamos en otra parte del lugar, época, hora y circunstancias del divino parto de María.

<sup>2</sup> Nova nativitate genitus est, conceptus à virgine, natus ex virgine, sine paternæ carnis concupiscentia, sine maternæ integritatis injuria: quia futurum hominum Salvatorem talis ortus decebat, qui et in se haberet humanæ substantiæ naturam, et humanæ carnis inquinamenta nesciret. (*S. Leo. Serm. II de Nativ.*; Nat. Alex. *De Symb.*.)

<sup>3</sup> Genes. III, 16.

Dios, y que vivamos por consiguiente como criaturas nuevas animadas de un espíritu nuevo. Tal es el medio que tenemos de representar en nosotros mismos alguna imagen de la virginidad sin mancha de María y del nacimiento enteramente santo del Hijo de Dios.

Esta idea nos conduce á hablar de las ventajas sociales del artículo tercero del Símbolo. *Una concepcion santa, un Dios niño y una Madre virgen*; en estos tres dogmas, propuestos diez y ocho siglos hace á la fe del universo, se halla el gérmen fecundo de la rehabilitacion de la familia, y con ella, de la sociedad.

*Una concepcion santa* en la cual no tiene parte alguna el hombre carnal y torpe; hé aquí la idea modelo que ha cambiado todas las ideas bajo las relaciones y los deberes de los esposos, y á ella es debida la santidad del matrimonio cristiano, las costumbres angélicas de las familias, y su felicidad durante la larga duracion de los siglos de fe. ¿Queréis la prueba de ello? Leed la historia de los pueblos antiguos; ¿qué era para ellos el matrimonio? ¿qué respeto, qué santidad, qué terror religioso presidian al cumplimiento de las sagradas obligaciones de los esposos? Mirad despues lo que pasa en el día en los pueblos sumidos aun en las sombras de la muerte, y hasta á vuestros ojos en las sociedades y familias en que se disminuye la influencia de la verdad cristiana. Luego es cierto que el dogma de la concepcion enteramente espiritual de un Dios hecho hombre y modelo del hombre, propuesto á la fe del universo, ha ennoblecido todo en la familia, porque ha contribuido á santificarlo todo.

*Un Dios niño*. Decidnos, qué era el niño entre las naciones gentílicas de la antigüedad, lo que es aun entre los pueblos idólatras de nuestros tiempos, y hasta en qué se convierte en las sociedades y familias en que pierde su influencia el dogma cristiano; decidnoslo, y veréis lo que el mundo debe á esta segunda parte del artículo tercero de nuestro Símbolo. ¡Oh! sí, un Dios hecho niño, un Dios que dice: Desgraciado el que atente á la vida, á la inocencia ó á la libertad del menor de estos niños que son mis hermanos; este Dios salvó la infancia y es el único que ha hecho desaparecer el derecho brutal de matar al niño, de exponerlo, venderlo, quemarlo, y convertirlo en un pasto.

*Una Madre virgen*. Á estas tres palabras debe la mujer su reha-

<sup>1</sup> Joan. i, 13; Rom. vi, 4.

bilitacion, pues convertidas en dogma de fe, lo han cambiado todo respecto á ella; ahí está la historia aun para probarlo. ¿Qué era la mujer en el gentilismo antiguo? ¿Qué es aun en el gentilismo moderno? ¿Quién la ha sacado de la servidumbre y abyeccion, é impide que vuelva á caer en ellas? El dogma católico; porque podeis ver lo que es de ella en las sociedades y familias que pierden el Cristianismo. Luego que resonaron, pues, en el mundo diez y ocho siglos há estas palabras, *nació de la Virgen María*, el hombre asombrado cambió de ideas y sentimientos respecto de la mujer. En efecto, á la Eva antigua, fuente de todo mal, sucedia una Eva nueva, manantial de todo bien; el hombre empezó á respetar la mujer, viéndose cuál la honraba Dios en María, cuál era santa en María y cuán útil habia sido en María al género humano; la mujer no fué ya una esclava, un animal de carga, y se convirtió en la noble compañera del hombre, rodeada de afecto y miramientos; y emancipada por el Cristianismo, volvió á encontrar su dignidad moral, é hizo aprovechar la sensibilidad de su corazon, la actividad y todos los recursos de su espíritu en bien del hombre y de la sociedad entera, y el mundo fué transformado.

Hé aquí, sin embargo, el milagro producido por estas pocas palabras del Símbolo católico, *fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María*. ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo tendréis un corazon para no amar, y un espíritu para no comprender?

El artículo cuarto del Símbolo está concebido así: *Padeció bajo Poncio Pilatos, fué crucificado, muerto y sepultado*, y nos enseña que el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, despues de haber conversado entre los hombres cerca de treinta y tres años, fué injustamente condenado á muerte por Poncio Pilatos, á petición de los judíos, clavado en una cruz donde murió, y despues de su muerte, honrosamente sepultado por algunos de sus discipulos. Nada hay mas necesario que el conocimiento de estas verdades, pues son la base y consumacion de nuestra salvacion; el fin de todas las figuras, profecias y sacrificios desde el principio del mundo, y el término de la sabiduría, de la misericordia y de la omnipotencia de Dios. Hé aquí por qué el grande Apóstol se gloriaba de no saber mas que una sola cosa: Jesús, y Jesús crucificado.

Penetremos con un respeto mezclado de terror en las profundidades de este misterio. 1.º ¿Quién es el que padeció? El mismo Hijo

de Dios hecho hombre por amor á nosotros. Los Apóstoles mencionan los padecimientos de nuestro Señor en el momento despues de haber hablado de su nacimiento, porque nuestro Señor nació para padecer, y siempre padeció no solamente las privaciones, las penas y las fatigas de su infancia, de su vida oculta y de su vida pública, sino tambien los dolores de su pasión, cuya imagen estaba sin cesar delante de sus ojos<sup>1</sup>. Padeció toda clase de dolores, y en el mas alto grado, en su espíritu y en su alma; no padeció como Dios, porque siendo Dios infinitamente perfecto, no puede padecer; pero en nuestro Señor la divinidad daba á los padecimientos de la humanidad un valor infinito.

2.º ¿Cómo padeció? Padeció libremente, porque Dios podía dejar al hombre en su pecado sin perjudicar ninguna de sus perfecciones<sup>2</sup>; podía además rescatarle por otros mil medios, tales como la Encarnación sola, ó una lágrima, una oración ó una gota de la sangre adorable de nuestro Señor, pues siendo cada una de estas cosas de un precio infinito, bastaba y aun con exceso para satisfacer á la justicia divina; finalmente, nuestro Señor padeció libremente bajo el sentido de que él mismo fué quien dió á sus enemigos el poder de hacerle padecer, pues de otra suerte nada hubieran podido contra su adorable persona.

Así pues, todas estas palabras de la Escritura: *Es preciso* que el Hijo del Hombre sea crucificado; *es preciso* que el Hijo del Hombre padezca mucho; *era preciso* que el Cristo padeciera para entrar en su gloria, no expresan mas que una necesidad moral, es decir, que supuesto el consejo de Dios, que habia escogido los padecimientos de nuestro Señor como el remedio mas conveniente á nuestros males, y como el medio mas propio para rescatarnos, fué preciso que nuestro Señor padeciese los tormentos de la pasión y muerte, como lo hizo.

3.º Padeció por amor. Llevando hasta el exceso los dolores y las ignominias, quiso mostrarnos la magnitud del pecado, la severidad de la justicia divina, el precio de nuestra alma, y por consiguiente la inmensidad de su amor, para obtener el nuestro, y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad. Y si se dijo en la Escritura que era preciso que nuestro Señor padeciese, debe entenderse, como lo

<sup>1</sup> Dolor meus in conspectu meo semper. (*Psalm.* XXXVII, 18).

<sup>2</sup> Quis tibi imputabit si perierint omnes nationes terræ? (*Sap.* XII, 12).

hemos advertido, de la necesidad resultante de la aceptación voluntaria que nuestro Señor hizo de la cruz como medio de salvar al mundo, y de ningun modo de una necesidad anterior y absoluta<sup>1</sup>.

4.º ¿Por qué padeció? Nuestro Señor padeció para reparar la gloria de su Padre, expiar el pecado, rescatar al hombre y servirle de modelo: caridad hácia Dios, y hácia nosotros dulzura, paciencia, humildad, amor á los enemigos, piedad filial y obediencia; no hay una virtud de que no nos diera él ejemplo en su pasión; no hay título alguno que dejara de adquirir á nuestra gratitud.

5.º ¿Por quién padeció? Por todos los hombres sin excepcion, y para todos sin excepcion mereció las gracias necesarias para nuestra salvación. Pero si nuestro Señor dió satisfacción por todos los hombres, si les granjeó la salvación, ¿cómo es que tan inmenso número de ellos se pierde, y cómo es que estamos obligados á hacer penitencia? Es indudable que nuestro Señor dió satisfacción por todos los hombres, y alcanzó para todos los medios de salvarse; pero es preciso que esta satisfacción se aplique á cada uno de nosotros<sup>2</sup>. Pues bien, esto se efectúa por medio de la fe, por los Sacramentos, por las buenas obras, y en particular por medio de la penitencia. Luego es preciso hacer penitencia y practicar buenas obras, aunque nuestro Señor haya padecido y trabajado por nosotros, y muchos se condenan por no cumplir con esta condicion. En efecto, ó no quieren tener fe, como los judíos, los mahometanos y los herejes; ó no quieren recibir los Sacramentos, confesarse y comulgar, como los indiferentes; ó no quieren hacer penitencia de sus pecados, y resolverse á vivir conforme á la ley de Dios, como los malos cristianos. Un ejemplo explicará claramente esta verdad. Un hombre que ha trabajado mucho, y que con sus sudores y fatigas ha ganado bastante dinero para pagar todas las deudas de los habitantes de una ciudad, deposita todos sus tesoros en un banco con orden de dárselos á todos los que presenten una libranza de su parte. No puede negarse que este hombre habrá por su parte pagado todas las deudas de los habitantes, y no obstante podrá suceder que muchos queden cargados con las suyas, porque no habrán querido

<sup>1</sup> D. Thom. 3, p. 9, 46, art. 6.

<sup>2</sup> *Etsi Christus pro omnibus mortuus sit, non omnes tamen mortis ejus beneficium recipiunt; sed ii duntaxat quibus meritum Passionis ejus communicatur.* (*Conc. Trid. sess. VI, c. 3*).

ir á buscar una libranza y presentarla en el banco, ya por orgullo, ya por pereza, ya por otra cualquiera razon <sup>1</sup>.

6.º ¿Bajo quién padeció? Bajo Poncio Pilatos. Los Apóstoles nombraron con un motivo muy prudente en este artículo al gobernador romano que condenó á muerte al Salvador, pues por una parte dieron una prueba fehaciente de que nuestro Señor era ciertamente el Mesías, habiendo muerto en el momento en que, segun la profecía de Jacob, el cetro habia salido de la tribu de Judá, y por otra parte demostraron su sinceridad y la certeza de este grande acontecimiento. Si lo hubieran inventado, habrian ellos mismos proporcionado á todo el mundo el medio de convencerles de impostura. Hubiera bastado para esto probar que Poncio Pilatos, gobernador de la Judea, no habia condenado á muerte á hombre alguno que se llamara Jesús de Nazareth, lo cual hubiera sido facilísimo, porque se conservaba en los archivos del Senado en Roma la relacion de todos los acontecimientos que tenian lugar en las diferentes provincias del imperio. A este relato de Pilatos remitian los primeros apologetas á los gentiles para ilustrarlos y convencerlos.

Así pues, la muerte del Salvador, acaecida bajo Poncio Pilatos, es un hecho tan cierto, que al hablar Tácito del incendio de Roma en tiempo de Neron, afirma positivamente que este Emperador acusó á los cristianos, llamados así á causa del *Cristo* que habia sido condenado á muerte bajo el reinado de Tiberio mientras Poncio Pilatos gobernaba la Judea <sup>2</sup>. Los primeros enemigos de la Religion nunca pusieron en duda este hecho; prueba evidente de que lo consideraban como innegable, pues estando mas cercanos de la época y de los lugares, tenian todos los medios de demostrar su falsedad.

Pero tenemos otras pruebas de la muerte de nuestro Señor bajo Poncio Pilatos. Acostumbrábase en el imperio romano, como se acostumbra aun en todos los reinos del mundo, que los gobernadores de las provincias enviasen al Emperador un relato de los sucesos mas notables de su dependencia para que de todo estuviesen informados el Príncipe y el Senado <sup>3</sup>. Pues bien, Pilatos, cumplien-

<sup>1</sup> Belar. *Dottr. crist.* 35.

<sup>2</sup> Annal. lib. XV.

<sup>3</sup> La misma advertencia hace Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica*, lib. II, c. 2; y está justificada por los hechos, de modo que vemos que Plinio el Joven escribió á Trajano lo que habia hecho en Asia contra los cristianos, etc.

do con la ley del imperio, escribió á Tiberio todo lo que habia pasado relativamente á Jesús de Nazareth, y esta carta fué depositada en los archivos del Senado romano, como lo prueban los testimonios que vamos á presentar.

1.º San Justino mártir, que vivia cien años despues de la muerte de nuestro Señor, cita las palabras siguientes de las actas enviadas de Palestina por Pilatos á Tiberio: «Clavaron á Jesús en la cruz con clavos en los piés y en las manos, y despues de haberle crucificado, los que le pusieron en la cruz jugaron sus vestiduras á los dados y se las repartieron... Así lo podeis saber fácilmente por las actas que se escribieron bajo Poncio Pilatos... Los Profetas indicaron distintamente que el Cristo curaria toda clase de enfermedades, y resucitaria los muertos, y podeis convenceros de que Jesús lo hizo, por la lectura de las actas que se escribieron bajo Poncio Pilatos <sup>1</sup>.»

2.º Tertuliano, que vivia cincuenta años despues de san Justino, cuenta en resumen la vida, milagros, pasion, condenacion, muerte y resurreccion de nuestro Señor, y acaba en estos términos: «Pilatos, en cierto modo cristiano ya en su conciencia, escribió todo esto respecto al Cristo á Tiberio, en aquel entonces emperador, y desde luego hubieran creído los emperadores en Jesucristo á no haber sido esclavos del siglo, ó si los cristianos hubieran podido ser César <sup>2</sup>. A pesar de todo, cuando Tiberio, bajo cuyo reinado se esparció por el mundo el nombre de cristianos, tuvo noticia desde Palestina de los hechos que probaban la divinidad del Cristo, propuso al Senado que se le colocara en la categoría de los dioses, y él mismo dió su voto. El Emperador persistió en su opinion y amenazó con su enojo á los que acusaran á los cristianos <sup>3</sup>.» Despues, al hablar de los milagros acontecidos en la muerte de nuestro Señor, añade: «Teneis el relato en vuestros archivos <sup>4</sup>.»

3.º Eusebio de Cesarea, célebre historiador de la Iglesia que vivia en el siglo III, dice: «que se habian hecho célebres la resurreccion milagrosa y la ascension de Jesucristo, y que siendo una antigua costumbre el que los gobernadores de provincia enviasen

<sup>1</sup> Just. *Apol. II pro Christian.* pag. 76, 84.

<sup>2</sup> *Apol.* c. 21.

<sup>3</sup> *Ibid.* c. 3.—Se hallarán sobre este hecho pormenores muy curiosos en nuestra obra *las Tres Romas*.

<sup>4</sup> *Apol.* c. 21.